



“SAN DEMETRIO”

Algunos lo recordamos cuando llegó a reparaciones. Nadie de quienes lo vieron lo podrá olvidar. Era un milagro que un buque en sus condiciones hubiera realizado tal viaje.

El “San Demetrio” era un viejo petrolero, y zarpó en convoy desde Halifax en 1940 con 12.000 toneladas de petróleo de alto octanaje a bordo. A mitad de camino a través del Atlántico el convoy fue sorprendido por el “Almirante Scheer”, y aunque los buques trataron de dispersarse era evidente que nada impediría que fueran alcanzados por los cañones alemanes de 11 pulgadas. El “Jervis Bay”, su escolta, lo intentó. De-

esperadamente, superado en distancia y artillería, avanzó directamente hacia el acorazado, disparando cuando se acercaba hasta quedar casi cubierto por las olas, hundiéndose; pero aunque ganó unos pocos minutos para la dispersión de los buques del convoy, éstos todavía seguían en peligro. Cinco de ellos fueron hundidos y el “San Demetrio” se incendió. Su tripulación se embarcó en los botes y estuvo horas sentada en medio del combate mientras las granadas pasaban por sobre sus cabezas. El petróleo se hallaba en llamas y había buques ardiendo por todo el horizonte. Gradualmente el “San Demetrio” y los demás buques atacados derivaron fuera de su vista o se hundieron.

Cuando llegó el amanecer estaban los botes solos en un mar vacío.

Llegaron buques de rescate; pero aunque se recogieron casi todos los sobrevivientes del "San Demetrio", un bote con catorce hombres a bordo no pudo ser hallado. Ellos fueron quienes finalmente realizaron unas de las hazañas de salvamento más notables de la historia.

Al principio, reconocieron que les quedaban pocas esperanzas de salvación, pues corría el mes de noviembre y el tiempo estaba empeorando; pero para su general alegría apareció de pronto un buque después de algunas horas. A medida que bogaban hacia él, vieron con estupor que estaba ardiendo. Por una casualidad en un millón el "San Demetrio" se había encontrado con ellos nuevamente, y todavía su carga altamente inflamable no había estallado.

El dilema en que se hallaban ahora era aterrador. Tenían frío, estaban mojados y mareados, el mar seguía encrespándose y cuatro de los sobrevivientes estaban heridos; aunque logran permanecer a flote, estos últimos probablemente morirían. Por otra parte, el "San Demetrio", cuando lo habían visto por última vez era poco menos que una bomba flotante y el incendio en su interior ardía en forma más fiera que nunca. Incapaces de decidirse no lo abordaron esa noche, pero permanecieron a barlovento discutiendo la acción a seguir y rogando que el buque no hiciera explosión mientras estuvieran cerca. Al alba, después de una noche de pesados esfuerzos por mantener la proa del bote en dirección del viento, se dieron cuenta que no tenían alternativa. El tiempo estaba peor. El "San Demetrio" era su única esperanza.

Cuando aclaró bien, pensaron que lo habían perdido durante la noche, pero después de buscarlo un rato, atacados por el pánico, lo ubicaron nuevamente y lograron trepar a bordo. Al subir por la escala de cuerdas, su bote se soltó y no volvieron a verlo. Ahora estaban totalmente comprometidos. Para vivir tenían que salvar el buque.

Era casi increíble que el "San Demetrio" no hubiera saltado en pedazos horas

antes; partes de la cubierta se mostraban incandescentes y a través de los agujeros de las granadas que lo habían acribillado, el petróleo saltaba a cada bandazo del buque. Enfrentada al fuego la tripulación tiritaba. No había vapor ni electricidad y todas sus instalaciones habían desaparecido. Unas pocas cabinas destruidas en el costado de estribor eran el único refugio. El buque mismo era poco más que un casco. El fuego se había apoderado del aparato de gobierno, las cartas, todos los compases y las reservas de alimentos. La cubierta estaba combada y agujereada y había cuatro pies de agua en la sala de máquinas. Se encontraban a la deriva y ninguno sabía cómo iban a tratar de remediar todo aquello, pero evidentemente tenían que empezar por controlar el incendio y achicar la sala de máquinas. Era igualmente claro que no podrían hacer ninguna de estas dos cosas sin electricidad. El generador había sido desmantelado para reparaciones antes que el buque fuera atacado. Cuatro hombres trabajaron afanosamente para reconstituirlo nuevamente mientras el resto formaba una cadena y mantenía a raya el fuego con baldes. En la noche ninguno tuvo comida ni descanso, pero tenían vapor en una caldera, la que estaba alimentando las mangueras de incendio en dirección a la bomba de lastre. Ahora tenían una esperanza.

Estaban ateridos, hambrientos y exhaustos, pero siguieron trabajando durante la noche. Al amanecer, apenas podían tenerse en pie, pero tenían otro día y otra noche por delante sin descanso y todavía el incendio seguía. Embutieron tapones de madera en los agujeros de cubierta para mantener el petróleo bajo control y cuando el fuego empezó a ceder un pequeño grupo comenzó a aparejar un sistema de gobierno. Trabajaron un tercer día y una tercera noche y entonces, por fin, el incendio terminó. Estaban al mando de una ruina, pero por lo menos ya no era explosiva. El 8 de noviembre de 1940 pusieron rumbo al este en dirección a casa.

La navegación se hizo a ojo, confiando en la divina providencia; el cronómetro había recibido un impacto directo y los

relojes de todos estaban llenos de agua salada de modo que no había posibilidad de conocer su situación geográfica. Gobernaron siguiendo las estrellas y el sol cuando eran visibles, lo que no ocurría muy a menudo, con la esperanza de lograr tocar Europa. Tenían papas, cebollas y ocho hogazas de pan, el único alimento que había quedado. Eran muy pocos para controlar el buque y los tapones de la cubierta se salían continuamente. Uno de los hombres heridos estaba moribundo.

El día 12 sobrevino una tempestad y el herido falleció. Lo sepultaron recordando cuanto podían del servicio fúnebre.

Tomando en cuenta el tiempo navegado desde la dispersión del convoy probablemente no estarían más al sur de España o más al norte de Noruega, pero podría haber sido en cualquier lugar entre esos dos puntos. De hecho, la suerte los había acompañado y es así como increíblemente se hallaban exactamente donde ellos deseaban estar, en una costa amiga y no muy lejos de casa; pero en la obscuridad no había a la vista ningún punto notable terrestre que alguno pudiera reconocer y por ello no tuvieron idea de donde se encontraban. Navegaron de arriba a abajo toda la noche sin poder fondear porque los cabrestantes estaban fuera de acción y una vez largadas las anclas ahí se quedarían, pues no podrían virarlas.

En la mañana se prepararon para enviar dos hombres a tierra en el chinchorro del buque, única embarcación de la cual disponían. Cuando estaban en eso se acercó un avión que mediante señales les comunicó su ubicación frente al sur de Irlanda y el envío de ayuda. Al poco rato un remolcador llegaba a su costado ofreciéndoles remolcarlos hasta Clyde.

Agradecieron a los hombres del remolcador y les dijeron que si ponían un pie

en el "San Demetrio" serían lanzados de vuelta por sobre la borda. No lo habían hecho navegar todo ese trecho para repartirse el rescate con otros. Esperaron ser escoltados por un destructor y luego zarparon propulsados por su propio vapor a Rothesay Bay. El 16 de noviembre las anclas se fondearon por fin.

En la época en que esto ocurrió Gran Bretaña estaba luchando sola y las buenas noticias eran escasas; aunque el episodio del "San Demetrio" difícilmente podía considerarse una victoria naval era mucho mejor que nada. Cuando el hecho fue dado a conocer, los diarios lo aprovecharon al máximo y los tripulantes pronto se convirtieron en héroes populares. El juez del salvamento se desempeñó notablemente, diciendo que había un toque de cuento de hadas en cuanto a la forma en que este buque había luchado por volver a casa después del desastre. La recompensa por el salvamento fue generosa. Todo esto, por supuesto, significaba que la evidencia presentada en el juicio de salvamento fue noticia de primera plana, citada en forma extensa. Una de las personas que la leyó fue un productor de cine y mientras más estudiaba el caso más convencido quedó que era un verdadero guión de película natural, ya escrito. El resultado fue "San Demetrio - London", una de las películas más famosas de la guerra.

En la primavera de 1941 el "San Demetrio" fue remolcado hasta el puerto de Glasgow, y ahí lo reparamos, asombrándonos que 14 hombres, cuatro de ellos heridos, hubieran podido apagar tal incendio y luego hacerlo navegar a la patria. Reparamos las averías y volvió a los convoyes del Atlántico.

Dos años más tarde desapareció nuevamente. Esta vez no volvió.

De "Scott Lithgow", Vol. I N° 11.